

lombini, asistido de su brigada y alguna artillería, poniendo en Igualada al general Frere, cuyas comunicaciones con Lérida por Cervera estaban asimismo aseguradas. Palombini no gozó de gran sosiego molestado siempre, y el 5 y 9 de agosto Don Ramon Mas al frente de los somatenes atacóle, y le causó una pérdida de mas de 200 hombres.

En el perseverar de los catalanes, conoció Suchet no podía desamparar aquel principado hasta que los suyos recobrasen á Figueras, y pudieran las tropas que bloqueaban esta fortaleza enfrenar los desmanes del somaten y las empresas de Don Luis Lacy. Aproximábase por desgracia tan fatal momento.

Tenia el enemigo estrechamente cercado aquel castillo con línea doble de circunvalacion. El mariscal Macdonald habia en vano intimado varias veces la rendicion al gobernador Don Juan Antonio Martinez, á quien no abatian los infortunios. Púsose el soldado á media racion, mermada esta aun mas, y consumidos sucesivamente los víveres, los caballos, los animales inmundos: en fin, hambreada del todo la gente, y sin esperanza de socorro, trató Martinez el 10 de agosto de salvarla arrojando peligros y abriéndose paso con la espada. Mas muy en vela el enemigo, y casi exánimes los nuestros, frustróse la tentativa, teniendo Martinez que rendirse el 19 del mismo agosto. Cayeron con él prisioneros 2.000 hombres, sin que entren en cuenta los heridos y enfermos: entre los primeros hallaron á Floreta, Marques y otros confidentes en la sor-

Macdonald
estresaba á Fi-
gueras.

Se rinde el
castillo.

presa, que fueron ahorcados en un patíbulo que el frances colocó en un rebellin del castillo. Los Pous con mejor estrella se salvaron, habiendo salido cuando Eroles, y en premio de su servicio se les nombró capitanes de caballería.

Ni por eso cesó la guerra en Cataluña, antes bien renacia como de sus propias cenizas. Lacy, activo y bravo, formaba batallones, sostenia á los débiles, enardecia á los mas valerosos, y metiéndose por aquellos dias en la Cerdaña francesa repelió á 1200 hombres, exigió contribuciones, y sembró el espanto en el territorio enemigo. Por todas partes rebullian los somatenes: Clarós apareció cerca de Girona, en Besós Milans, otros en diversos lugares, y no les era lícito á los invasores caminar sino como primero con fuertes escoltas. La junta del principado y Lacy decian en sus proclamas: „¿No hemos jurado ser libres, ó envolvernos en las ruinas de „nuestra patria? Pues á cumplirlo.“ Podíase exterminar tal gente, no conquistarla.

Sin embargo, el mariscal Suchet codicioso de tomar á Valencia, dejando por algun tiempo parte de su ejército en Cataluña, pasó á Zaragoza para hacer los preparativos convenientes á la empresa que meditaba, y se le habia ya encomendado en Francia. Tambien urgía diese orden en las cosas de Aragon, en donde con su ausencia comenzaba la tierra á andar revuelta. En la ribera izquierda del Ebro los valencianos y el general Gasca, de que hemos hecho mencion, con otros varios habian meneado

No por eso
cesa la guerra
en Cataluña.

Suchet pasa
á Aragon, in-
quiere siem-
pre este reino

aquellas comarcas y metido gran bulla. En la derecha los generales Villacampa, Obispo enviado de Valencia, y Duran acudiendo de Soria, incomodaban á los destacamentos y guarniciones enemigas, de las que la de Teruel se vió muy apurada. Suchet procuró despejar el pais y tranquilizarle algun tanto, estorbándole con todo para conseguirlo los partidarios de las otras provincias, y en especial los temores que le inspiraba la vecindad de Valencia.

Valencia.
Convoca Bassecourt un
congreso.

En este reino habia continuado mandando algun tiempo Don Luis Alejandro de Bassecourt, no muy atinado ni en lo político ni en lo militar, y que con deseo de grangearse el aura popular, y de imitar á Cataluña, habia convocado para 1.º de enero de 1811 un congreso compuesto de la junta y de diputados de la ciudad y la provincia. Las discusiones de esta corporacion extemporánea fueron públicas, y en un principio se limitaron á proporcionar auxilios y á las cuestiones puramente económicas; mas tomando los nuevos diputados gusto á su magistratura, quisieronle dar ensanches, y empezaron á examinar la conducta del general. Escocióle á este la idea, llevando muy á mal que hechuras que consideraba como suyas, se tomasen tal licencia, por lo que el 27 de febrero puso término á los debates, y prendió á Don Nicolas Gareli y á otros de los mas fogosos. Las córtes, á cuyo superior conocimiento subió la decision de todo el negocio, mandaron soltar á los presos, cerrando al propio tiempo la puerta á los ambiciosos é inquietos de las provincias, con

el reglamento que por entónces dieron á las juntas, del que luego harémos mencion, y al cual se sometieron todas. La regencia nombró interinamente á Don Carlos Odonnell por sucesor de Bassecourt, cuyos procedimientos se miraron como nada cuerdos.

Se disuelve.
Don Carlos
Odonnell sucede á Bassecourt

Tampoco en lo militar se habia el Don Luis mostrado muy atentado. Vimos en el año último sus desaciertos en esta parte. Ahora habia sí fortificado á Murviedro; pero no coadyuvado cual pudiera al alivio de Cataluña. Hasta el 22 de abril que entregó el mando á Odonnell, tornando á Cuenca, apenas hizo en estos meses movimiento alguno de importancia, no siéndolo uno que intentó sobre Ulldecona el 12 del mismo abril.

Operaciones militares del segundo ejército ó sea de Valencia

Odonnell ayudado de la marina inglesa ordenó al principiarse mayo una maniobra hácia el embocadero del Ebro. El comodoro Adams á bordo del Invencible, con dos fragatas y dos jabeques españoles, cañoneó la torre de Codoñol, á 800 toesas de la Rápita, y el 9 obligó al enemigo á que la evacuase. Al mismo tiempo el conde de Romré con unos 2000 españoles avanzó por tierra, y Pinot, comandante frances de la Rápita, acometido de ingleses y amenazado por españoles, se replegó sobre Amposta, punto que inmediatamente rodearon los nuestros. Mas acudiendo sin tardanza los franceses de Tortosa y de los alrededores con fuerza superior, libraron á los suyos, no ocupando sin embargo la Rápita hasta despues de la toma de Tar-

ragona, y limitándose por esta vez á recobrar la torre de Codoñol.

En lo demas no tentó Odonnell operacion alguna notable, sino la de enviar á Cataluña la division de Miranda de que ya se habló, y hacer amagos via de Aragon, los cuales no dieron motivo á empresa alguna señalada. El mando interino de Don Carlos Odonnell cesó al fenecer junio, empuñando el baston en su lugar el marques del Palacio. Fueron de allí en adelante preparándose en Valencia acontecimientos de funesto remate, que reservamos para otro libro.

Sucede el
marques del
Palacio á O-
donnell.

Castilla
Nueva.

Réstanos en este contar lo que pasó en Castilla la Nueva en la mitad del año de 1811, tiempo que ahora nos ocupa: serémos breves. Tenian los franceses encomendada la defensa de aquel territorio al ejército que llamaban del centro, puesto á las inmediatas órdenes de José, y casi el único de que podia disponer el intruso con libertad bastante amplia. En ayuda de este ejército acudian á veces tropas de otras partes: y como no fuesen de ordinario suficientes las suyas propias para cubrir los distritos de su incumbencia, que eran Avila, Segovia, Madrid, Toledo, Guadalajara, Cuenca y Mancha, apostábase en el último una division del 4.º cuerpo, ó sea de Sebastiani, bajo el mando del general Lorge, con especial encargo de conservar libre el tránsito entre las Andalucías y la capital del reino. Cada distrito tenia un gefe militar, y sumaban las fuerzas de todos ellos de 25 á 30,000 hombres.

Juntas y
guerrilleros.

Las contrarestaban los guerrilleros, rara vez tropas regladas, manteniéndose siempre en pié las juntas de Guadalajara y Cuenca: inducida alguna tanto la primera de desavenencias y discordias. Otra se formó en la Mancha, tampoco muy pacífica, la cual se albergaba en los montes de Alcaraz, y por lo comun en Elche de la sierra, conservando como abrigo y apoyo de operaciones el castillo de las Peñas de San Pedro, fábrica de Romanos, sito en un peñol empinado. Mandaba el canton Don Luis de Ulloa. Imprimia esta junta una gaceta de composicion no muy culta, pero en idioma propio á divertir y embelesar á la muchedumbre.

Pocos partidarios de los del año anterior habian desaparecido ó sido aquí presa de los franceses. Cupo tal desdicha á algunos no muy conocidos, y entre ellos á uno de nombre Fernandez Garrido, cogido en abril en Chapinería, partido de Madrid, por el marques de Bermuy al servicio de José, encargado de perseguir las guerrillas hácia las riberas del Alberche. Los mas nombrados permanecian casi ilesos. Hubo unos cuantos que salieron por primera vez á plaza ó adquirieron mayor fama. De este número fueron Don Eugenio Velasco y Don Manuel Hernandez, dicho el Abuelo. En ocasiones los animaban tropas del 3.º ejército, y sobre todo la caballería al mando de Osorio, que como ya se apuntó, acudia al granero de la Mancha en busca de bastimentos.

Quien no cesó ni un punto de sobresalir entre

El Empeccado.

los partidarios de Castilla la Nueva fué Don Juan Martin el Empecinado. Despues de su vuelta de Aragon lidió en el mes de febrero varias veces contra fuerzas superiores, ya en Sacedon, ya en Priego. Pasó en marzo á Molina, y en los dias 8 y 9 encerró en el castillo malparada á la guarnicion francesa. De allí se encaminó á Sigüenza, y comunicándose con Don Pedro Villacampa, que andaba rodando por la tierra, decidieron ambos embestir la villa y puente de Auñon, provincia de Guadalajara. Era este puente el solo que permanecia intacto, habiendo roto el frances los de Pareja y Trillo, y quemado el de Valtablado, todos sobre el Tajo. Partia dicho puente término entre la villa de su nombre y la de Sacedon, y por su importancia fortificábanle los enemigos, habiendo hecho otro tanto con las calles y casas de ambos pueblos: tenia de guarnicion 600 hombres, y mandaba allí el coronel Luis Hugo, hermano del general que estaba á la cabeza del distrito de Guadalajara.

Villacampa.

Ataque contra el puente de Auñon.

Franqueando aquel punto ambas orillas del Tajo, interesaba su ocupacion á los nuestros y á los contrarios. Llegó á las cercanías en la mañana del 23 de marzo Don Pedro Villacampa, y por medio de una atinada maniobra, acometió á los franceses por el frente y espalda. Los desalojó del puente apoderándose de las obras que habian construido para su defensa. Se refugiaron en seguida aquellos en la iglesia de Auñon, muy fortalecida, y dudaba Villacampa atacarlos, cuando acudiendo Don Juan

Martin empezaron ambos á verificarlo. Una tronada y copiosísima lluvia retardó los ataques y favoreció á los enemigos, dando lugar á que viniese de Brihuega Hugo el comandante de Guadalajara, y de Tarancón el gefe Blondeau á la cabeza de otra columna. Con este motivo, destruidas las obras, se retiraron los españoles llevando mas de 100 prisioneros, y habiendo muerto y herido á otros tantos hombres; entre los postreros se contó al comandante del puesto Hugo. Evacuó de resultas el enemigo á Auñon, y Villacampa y el Empecinado tiraron cada uno por diverso lado.

Tan continuos choques determinaron al gobierno intruso á hacer un esfuerzo para destruir todas estas partidas, especialmente la del Empecinado, reuniendo al efecto á las fuerzas de Hugo las del general Lahoussaie que mandaba en Toledo, y algunas otras. ¡Vana diligencia! Don Juan Martin traspuso entónces los montes, acometió á los franceses en la provincia de Segovia, los escarmentó en Somosierra, en el real sitio de San Ildefonso, y hasta envió destacamentos camino de Madrid cuando le buscaban al Este á doce leguas de distancia. Tuvo por tanto Hugo que volver atras, costándole gente las marchas y contramarchas. Lahoussaie pasó en 22 de abril á Cuenca, de donde se retiró Don José Martinez de San Martin, y aquella ciudad, tan desventurada en las anteriores entradas del enemigo, de que hemos referido las mas principales, no fué mas dichosa en esta, por no desviarse

Diversos movimientos y sucesos.

nunca de la senda del patriotismo, honrosa pero llena de abrojos. Huete, Huertahernando, Alcázar de San Juan, Herencia, otros pueblos, entónces, despues y ántes, padecieron no ménos desgracias. Volúmenes serian necesarios para contarlas todas, junto con los rasgos de heroicidad de muchos habitantes.

No siendo, pues, dado á los enemigos acabar con Don Juan Martin, pusieron en práctica secretos manejos. Causaron con ellos altercados, una notable dispersion en Alcocer de la Alcarria, y lo que fué peor, el paso á su bando de algunos oficiales, si bien contados. Tambien la junta con su ambicioso desasosiego é imprudentes medidas, desavino los ánimos no ménos que la inoportuna eleccion del marques de Zayas (que no debe confundirse con Don José de Zayas) como comandante de la provincia, poniendo bajo sus órdenes al Empecinado. De poco nombre dicho marques entre los generales del ejército, era pernicioso para gobernar partidas, á cuya cabeza podian solo mantenerse los que las habian formado, hombres activos, prácticos de la tierra, avezados á todo linage de escaseces, á los peligros de una vida arriesgada y venturera, manos encallecidas con la esteva y la azada, ablandadas solo en sangre enemiga. Separarse de camino tan derecho motivó considerables daños. Al principiarse julio estaba como dispersa la fuerza que ántes mandaba Don Juan Martin, y que ascendia á mas de 3000 hombres. Por fortuna pusieron las córtés tér-

mino al mal, ordenando que se disolviese la junta, y se nombrase otra conforme al nuevo reglamento, del que hablaremos despues; y previniendo al marques de Zayas que dejase el mando, segun lo realizó; tornando á Valencia, embolsados sueldos y atrasos, ya que no con acrecentamiento de fama. Recobró Don Juan Martin la comandancia de su division, y á pocos dias revivió esta con no menor brillo que ántes.

Entre los demas partidarios de menor nombre incomodaba Don Juan Abril á los franceses desde las sierras de Guadarrama y Somosierra hasta Madrid, atravesando con frecuencia los puertos, y habiendo tenido la dicha esta primavera de rescatar 14,000 cabezas de ganado merino que llevaban fuera del reino. Saornil habia ahora tomado á su cargo principalmente la provincia de Avila y las confinantes; pero en 1.º de julio, sorprendido de noche por el comandante Montigny junto á Peñaranda de Bracamonte, en donde descuidado dormia al raso con los suyos, perdió alguna gente, si bien no se retiró hasta despues de un combate muy encarnizado. Recorria solo, ó uniéndose con otros, el término de Toledo Don Juan Palarea, el médico, y en Cebolla y sus contornos, como en otros parages, sorprendió diversas partidas enemigas, cogiendo en junio en Santa Cruz del Retamar á Mr. Lejeune, ayudante de campo del príncipe de Neufchatel, quien ha representado el lance con presumido pincel, y valiéndose de la licen-

Otros guerrilleros.

Malos y crueles tratamientos.

cia que se concede á los pintores y á los poetas. Casi siempre respetaron nuestros partidarios á sus enemigos; lo cual no impedía que so pretexto de ser foragidos, ó soldados juramentados de José, los ahorcasen aquellos ó arcabuceasen á menudo sin conmiseracion alguna. La venganza entónces era pronta y con usura. A veces lo largo del camino del Pardo, en las otras avenidas de Madrid, y junto á sus tapias mismas amanecian colgados tres y mas franceses por cada español muerto en quebrantamiento de las leyes de la guerra. Forzosa represalia, pero cruda y lamentable.

Mas partidarios.

Al lado opuesto de Toledo y del campo de las lides de Palarea, el otro médico Don José Martinez de San Martin, que mandó en Cuenca hasta que volvió de Valencia Bassecourt, tampoco desperdió el tiempo. Combinaba á veces acertadamente sus operaciones, entendiéndose con otros partidarios, y el 7 de agosto, unido á Don Francisco Abad (Chaleco) escarmentó reciamente á los franceses en la Osa de Montiel, y les cogió bastantes prisioneros y efectos. No ménos bulla y estruendo de guerrillas y franceses andaba en Ciudad-Real, Almagro, Infantes, por todas las comarcas y villas de la Mancha, como en las demas provincias de Castilla la Nueva. Los enemigos en todas ellas continuaban teniendo puntos fortalecidos en que se veian frecuentemente obligados á encerrarse y á veces aun á rendirse.

De poco valer y harto cansados parecerán á al-

Resultos importantes de este género de guerra.

gunos tales acontecimientos, si bien nos limitamos á dar de ellos una sucinta y compendiosa idea. A la verdad, minuciosos se muestran á primera vista y tomados separadamente; pero mejor pesados, nótese que de su conjunto resultó en gran parte la maravillosa y porfiada defensa de la independencia de España, que servirá de norma á todos los pueblos que quieran en lo venidero conservar intacta la suya propia. Mas de tres años iban corridos de incesante pelea; 300,000 enemigos pisaban todavía el suelo peninsular, y fuera de unos 60,000 que llamaba á sí el ejército anglo-portugues, ocupaban á los otros casi exclusivamente nuestros guerreros; lidiando á las puertas de Madrid, en los límites y á veces dentro de la misma Francia, en los puntos mas extremos, cuan anchamente se dilata la España.

Situacion de José.

En medio de tan marcial estrépito apenas reparaba nadie, y ménos los generales franceses, en la persona de José, á quien podriamos llamar la sombra de Napoleon con mas fundamento del que tuvieron los partidarios de la casa de Austria para apellidar á Felipe V en su tiempo la sombra de Luis XIV; pues á este permitíanle por lo ménos dirigir sus reinos, si bien en un principio sujetándose á reglas que le dieron en Francia, cuando al primero ni sus propios amigos le dejaban, por decirlo así, suelo en que mandar; habiéndole arrebatado de hecho su hermano muchas provincias con el decreto de los gobiernos militares, y escatimándole mas

(1 Ap. n. 3.)

y mas el manejo de otras: de suerte, que en realidad el imperio de la corte de Madrid se encerraba en círculo muy estrecho.

De ello quejábese sin cesar José, que era gran desautoridad de su corona, ya harto caediza, tratarle tan livianamente. Mas no por eso dejaba de obrar cual si fuese árbitro y tranquilo poseedor de España. Daba empleos en los diversos ramos, promulgaba leyes, expedía decretos, y hasta trataba de administrar las Indias. Y ¡cosa maravillosa, si no fuese una de tantas flaquezas del corazón humano! motejaba en los periódicos de Madrid á las córtés, y los redactores mostrábanse á veces donairosos por querer las últimas gobernar la América: siendo así que José intentaba otro tanto, con la diferencia de que nunca le reconocieron allí como á rey de España, al paso que á las córtés las obedecian entónces, y las obedecieron todavía largo tiempo las mas de aquellas provincias.

Desengaños
que recibe.

Todo concurría además á probar á José, que si recibia desaires de los suyos, tampoco crecía en favor respecto de los que apellidaba súbditos. Léjos le hacian casi todos esta cruda guerra: en derredor mostrábanle su desafecto con el silencio, el cual, si se rompía, era para patentizar aun mas el desvío constante de los pechos españoles por todo lo que fuese usurpacion é invasion extranjeras. Hubo circunstancia en que reveló sentimiento tan general hasta la niñez sencilla. Y cuéntase que llevando á la corte Don Dámaso de la Torre, corri-

dor de Madrid, á un hijo suyo de cortos años, vestido de cívico y armado de un sablecillo, se acercó José al mozueto, y acariciándole le preguntó en qué emplearía aquella arma; á lo que el muchacho con viveza y sin detenerse le respondió: „En matar „franceses.“ Repite por lo comun la infancia los dichos de los que la rodean; y si en la casa de quien por empleo y afición debía ser adicto al gobierno intruso, se vertian tales máximas y opiniones, ¡cuáles no serian las que se abrigaban en las de los demas vecinos!

Inútilmente trató José de mejorar los dos importantes ramos de la guerra y hacienda para ponerse en el caso de manifestar que no le era ya necesaria la asistencia de su hermano, quien de nuevo le envió al mariscal Jourdan como mayor general. Apenas habia José adelantado ni un paso desde el año anterior en dichos dos ramos. Sus fuerzas militares no crecian, y cuando en los estados sonaban 14,000 hombres, escasamente llegaba su número á la mitad: y aun de estos á la primera salida ibanse los mas á engrosar, como ántes, las filas del Empecinado y de otros partidarios.

Con respecto á las contribuciones, ahora como en los primeros tiempos, no podia disponer José de otros productos que de los de Madrid. Habia ofrecido variar aquellas y mejorar su cobranza; pero nada habia hecho ó muy poco. Introdujo y empezó á plantear la de patentes, segun la cual cada profesion y oficio, á la manera de Francia, pagaba un

Estado de su
ejército y ha-
cienda.

tanto por ejercerle. Conservó los antiguos impuestos, incluso los diezmos y la bula de la Cruzada, respetando la opinion y aun las preocupaciones del pueblo, en tanto que servian á llenar las arcas del erario. Dolencia de casi todos los gobiernos.

En Madrid se aumentaron á lo sumo las contribuciones. Recargáronse los derechos de puertas: á los propietarios de casas se les gravó al principio con un diez por ciento; á los inquilinos con un quince, y en seguida con otro tanto á los mismos dueños: por manera que entre unos y otros vinieron á pagar un cuarenta por ciento, de cuya exorbitancia junto con otros males, nació en parte la horrosa miseria que se manifestó poco despues en aquella capital.

Diversiones
que José pro-
mueve.

Para distraer los ánimos promovió José banquetes y saraos, y mandó que se restablesen los bailes de máscaras, vedados muchos años hacia por el sombrío y espantadizo recelo del gobierno antiguo. Tambien resucitó las fiestas de toros, de las que Carlos IV habia por algun tiempo gustado con sobrado ardor, prohibiéndolas despues el último, llevado de despecho por un desacato cometido en cierta ocasion contra su persona, mas no impelido de sentimientos humanos. De notar es que semejante espectáculo, tan reprendido fuera de España y tachado de feroz y bárbaro, se renovase en Madrid bajo la proteccion y amparo de un monarca y de un ejército ambos á dos extranjeros. Pero ni aun así se grangeaba José el afecto público: habia llaga

muy encanecida para que la aliviassen tales pasatiempos.

Verdad sea que la conducta y desmanes de los generales y tropas francesas contribuian grandemente á enagenar las voluntades. A ello achacaba José casi exclusivamente el descontento de los pueblos, figurándose que si no, disfrutaria en paz de solio tan disputado. Enfermedad apegada á los monarcas, aun á los de fortuna, esta del alucinamiento. Así lo expresaba José á punto de mostrar deseo de verse libre de tropas extrañas. Disgustaba tal lenguaje á Napoleon, informado de todo, quien con razon decia: ¹ „Si mi hermano no puede apaciguar „la España con 400,000 franceses, ¿cómo presume „conseguirlo por otra via? añadiendo: „No hay ya „que hablar del tratado de Bayona; desde entónces „todo ha variado; los acontecimientos me autorizan „á tomar todas las medidas que convengan al inter „res de Francia.” Cada vez arrebozaba ménos Napoleon su modo de pensar. La muger de José escribía á su esposo desde Paris: „¿Sabes que hace „mucho tiempo intenta el emperador tomar para sí „las provincias del Ebro acá? En la última con „versacion que tuvo conmigo díjome que para „ello no necesitaba de tu permiso, y que lo ejecu „taria luego que se conquistasen las principales plazas.”

Irusiones de
José.

Disgustaba
su lenguaje á
Napoleon.

(1 Ap. n. 4.)

Afligido é incomodado José codiciaba unas veces entrar en tratos con las mismas córtes, y otras retirarse á vida particular. „Mas quiero (decia) ser

Disgusto de
José.

„súbdito del emperador en Francia, que continuar
„en España rey en el nombre: allí seré buen súbdito,
„to, aquí mal rey.” Sentimientos que le honraban;
pero siendo su suerte condicion precisa de todo monarca
que recibe un cetro, y no le hereda ó por sí le gana,
pudiera José haber de antemano previsto lo que ahora
le sucedía.

Su viage á
Paris.

Sin embargo, primero de tomar una de las dos
resoluciones extremas de que acabamos de hablar,
y para las que tal vez no le asistían ni el desprendimiento
ni el valor necesarios, trató José de pasar á Paris á
avistarse con su hermano, aprovechando la ocasion de
haber dado á luz la emperatriz su cuñada en el 20 de
marzo un príncipe que tomó el título de rey de Roma.
Creía José que era aquella favorable coyuntura al logro
de sus pretensiones, y que no se negaría su hermano á
acceder á ellas en medio de tan fausto acontecimiento.
Pero no era Napoleon hombre que cesase en la carrera
de la ambicion. Y al contrario, nunca como entónces
tenía motivo para proseguir en ella. Tocaba su poder
al ápice de la grandeza, y con el recién nacido ahondá-
banse y se afirmaban las raíces ántes someras y débiles
de su estirpe.

Nacimiento
del rey de
Roma.

El efecto que tan acumulada dicha producía en el
ánimo del emperador frances, vese en una carta que
pocos meses adelante escribía á José su hermana Elisa:
„Las cosas han variado mucho (decía); no es como
ántes. El emperador solo quiere sumision, y no que sus
hermanos se tengan respecto de él

„por reyes independientes. Quiere que sean sus príncipes,
„meros súbditos.”

Salió de Madrid José camino de Paris el 23 de abril,
acompañado del ministro de la guerra Don Gonzalo Ofarrill
y del de estado Don Mariano Luis de Urquijo. No atravesó
la frontera hasta el 10 de mayo. Paradas que hizo, y sobre
todo, 2,000 hombres que le escoltaban, fueron causa de
ir tan despacio. No le sobraba precaucion alguna: acechábanle
en la ruta los partidarios. Llegó José á Paris el 16 del
mismo mes, y permaneció allí corto tiempo. Asistió el 9
de junio al bautizo del rey de Roma, y el 27 ya de vuelta
cruzó el Bidasoa. Entró en Marid el 15 de julio, solo,
aunque sus periódicos habían anunciado que traería consigo
á su esposa y familia. Reduciase esta á dos niñas, y ni
ellas ni su madre, de nombre Julia, hija de Mr. Clary,
rico comerciante de Marsella, llegaron nunca á poner el
pié en España.

Vuelve José
á Madrid.

Poco satisfecho José del recibimiento que le hizo en
Paris su hermano, convenciéndose además de cuáles fuesen
los intentos de este por lo respectivo á las provincias del
Ebro, cuya agregacion al imperio frances estaba como
resuelta. No obtuvo tampoco en otros puntos sino palabras
y promesas vagas; limitándose Napoleon á concederle el
auxilio de un millón de francos mensuales.

No remediaba subsidio tan corto la escasez de medios,
y ménos reparaba la falta de granos tan notable ya en
aquel tiempo que llegó á valer en Ma-

Escasez de
granos.

Providencias
violentas del
gobierno de
José.

drid la fanega de trigo á cien reales, de cuarenta que era su precio ordinario. Por lo cual, para evitar el hambre que amenazaba, se formó una junta de acopios, yendo en persona á recoger granos el ministro de policía Don Pablo Arribas, y el de lo interior marques de Almenara: encargo odioso é impropio de la alta dignidad que ambos ejercian. La imposición que con aquel motivo se cobró de los pueblos en especie recargólos excesivamente. De las solas provincias de Guadalajara, Segovia, Toledo y Madrid se sacaron 950,000 fanegas de trigo y 750,000 de cebada, además de los diezmos y otras derramas. Efectuóse la exacción con harta dureza, arrancando el grano de las mismas eras para trasladarle á los pósitos ó alhóndigas del gobierno, sin dejar á veces al labrador con que mantenerse ni con que hacer la siembra. Providencias que quizás pudieron creerse necesarias para abastecer por de pronto á Madrid; pero inútiles en parte, y á la larga perjudiciales: pues nada suple en tales casos al interes individual, que temiendo hasta el asomo de la violencia, huye con mas razon espantado de donde ya se practica aquella.

Trata José
de componer-
se con el go-
bierno de Cá-
diz.

Decaido José de espíritu, y sobre todo mal enojado contra su hermano, trató de componerse con los españoles. Anteriormente habia dado indicio de ser este su deseo: indicio que pasó á realidad con la llegada á Cádiz algun tiempo despues de un canónigo de Burgos llamado Don Tomas la Peña, quien encargado de abrir una negociacion con la regen-

cia y las córtes, hizo de parte del intruso todo género de ofertas, hasta la de que se echaria el último sin reserva alguna en los brazos del gobierno nacional, siempre que se le reconociese por rey. Mereció la Peña que se le diese comision tan espionosa por ser eclesiástico, calidad ménos sospechosa á los ojos de la multitud, y hermano del general del mismo nombre, al cual se le juzgaba enemigo de los ingleses de resultas de la jornada de la Barrosa. Extraño era en José paso tan nuevo, y podemos decir desatentado; pero no ménos lo era, y aun quizá mas, en sus ministros que debian mejor que no aquel conocer la indole de la actual lucha, y lo imposible que se hacia entablar ninguna negociacion, miéntras no evacuasen los franceses el territorio y no saliese José de España.

La Peña se avocó con la regencia, y dió cuenta de su comision, acompañándola de insinuaciones muy seductoras. No necesitaban los individuos del gobierno de Cádiz tener presentes las obligaciones que les imponia su elevada magistratura para responder digna y convenientemente: bastábales tomar consejo de sus propios é hidalgos sentimientos. Y así dijeron que ni en cuerpo ni separadamente faltarian nunca á la confianza que les habia dispensado la nacion, y que el decreto dado por las córtes en 1.º de enero seria la invariable regla de su conducta. Añadieron tambien con mucha verdad que ni ellos, ni la representacion nacional, ni José tenian fuerza ni poderío para llevar á cima, cada

Emisarios
que envia.

Inutilidad
de los pasos
que estos dan.

uno en su caso, negociacion de semejante naturaleza. Porque á las córtes y á la regencia se las respetaba y obedecia en tanto que hacian rostro á la usurpacion é invasion extranjeras; pero que no sucederia lo mismo si se alejaban de aquel sendero *indicado* por la nacion. Y en cuanto á José claro era que faltándole el arrimo de su hermano, único poder que le sostenia, no solamente se hallaria imposibilitado de cumplir cosa alguna, sino que en el mismo hecho vendria abajo su frágil y desautorizado gobierno. Terminóse aquí la negociacion. ¹ Las

(1 Ap. II, 5.) córtes nunca tuvieron de oficio conocimiento de ella, ni se traslució en el público á gran dicha del comisionado. En los meses siguientes despacháronse de Madrid con el mismo objeto nuevos emisarios, de que hablaremos, y cuyas gestiones tuvieron el mismo paradero. Otras eran las obligaciones, otras las miras, otro el rumbo que habia tomado y seguido el gobierno legítimo de la nacion.



RESUMEN

DEL

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

ABREN las córtes sus sesiones en Cádiz.—*Presupuestos presentados por el ministro de hacienda.—Reflexiones acerca de ellos.—Debates en las córtes.—Contribucion extraordinaria de guerra.—Reconocimiento de la deuda pública.—Nombramiento de una junta nacional del crédito público.—Memoria del ministro de la guerra.—Aprueban las córtes el estado mayor.—Créase la orden de San Fernando.—Reglamento de juntas provinciales.—Abolicion de la tortura.—Discusion y decreto sobre señoríos y derechos jurisdiccionales.—Primeros trabajos que se presentan á las córtes sobre Constitucion.—Ofrecen los ingleses su mediacion para cortar las desavenencias de América.—Tratos con Rusia.—Sucesos militares.—Expedicion de Blake*